

hacer públicos sus «dossiers» y participar en congresos científicos, las plaquetas Vapona llevaban ya una década en el mercado. Y con ellas, toda una serie de imitaciones, a veces más peligrosas: Catch (Pechiney-Progil), Badilin-Strip (BASF), Mafu (Bayer)...

El departamento de Agricultura de los Estados Unidos, sensible a los resultados de los experimentos

de los químicos y a las crecientes quejas de los consumidores, ha exigido la inclusión en la etiqueta de Vapona de la siguiente advertencia: «No utilizar este producto en las cocinas, restaurantes ni en aquellos lugares donde se preparan o sirven alimentos. No utilizarlo en las guarderías ni en las habitaciones destinadas a los niños, enfermos o personas de edad». ■ A. J.

ESPAÑA

EL PASO DE PORTUGUESES

El paso de portugueses como negocio ha sido bastante silenciado por toda la prensa, y las pocas veces que alguien se ha ocupado sólo se ha reflejado un cúmulo de datos incompletos que encubren la verdad. Por tal razón, el pase de portugueses durante estos trece últimos años es no sólo desconocido, sino, lo que es peor, mixtificado.

Alrededor de 1960 se puso de moda todo este tinglado que consistió en pasar portugueses a través de España y dejarlos en Francia. Ya desde el principio, las autoridades españolas observaron que la clandestinidad y la acción en sí eran muy complicadas, ya que los traficantes solían pertenecer a una organización manejada Dios sabe por quién. No obstante, muchos pasantes se "comieron" (en argot penitenciario, "comer" significa cumplir una condena) la Ley de Vagos y Maleantes, ahora Ley de Seguridad Social. Pero lo peor del caso era la falta de escrúpulos que padecían los pasantes: los portugueses eran trasladados como ganado, tenían que hacer sus necesidades dentro de un camión, iban medio asfixiados; pues para los no versados en el asunto he de aclararles que los camiones llevaban una coraza exterior de madera, o frutos, que servían de camuflaje. El peor de los casos fue cuando en pleno apogeo del negocio muchos camioneros comenzaron a pasarse de listos: llegaban a León, o a cualquier otro punto, detenían el vehículo, y les decían a los pobres portugueses: "Detrás de esa colina está Francia", y cuando todos habían bajado y le habían pagado, el camionero se daba a la fuga en su vehículo. Escenas de éstas han ocurrido en cantidad, quedando expediciones enteras a la deriva. Unos arreglaron para quedarse a trabajar en España; los más conformistas pidieron a nuestras autoridades que les devolvieran a su país de origen, y los más arriesgados siguieron hacia los Pirineos, pasando mil calamidades antes de llegar a Francia, que era para ellos una especie de Tierra Prometida. En una de las muchas veces que coincidí en el tren con emigrantes portugueses, uno de Oporto, llamado Marcos, me dijo que lo había intentado tres veces, y que algunos habían quedado muertos en el camino.

La baja llega a todos los grados: ahora en Irán hay gentes dedicadas a pasarles en el tren; tal operación no tiene sentido a simple vista, pero si la tiene para luego tirarse cuando el convoy disminuye la marcha

antes de llegar a Hendaya. Durante estos transbordos y peripecias hay —entre los mismos portugueses— quienes se dedican a robar maletas. También existen claros indicios de la trata de blancas —chicas portuguesas— con destino a barras americanas de varios países, entre los que, quizá, se encuentre el nuestro.

Conoci a algunos pasantes que cayeron en el "talego" (léase cárcel) y a otros que no. Uno de ellos me confesó hace bien poco: "Ese 'negocio' prometió ya desde el principio concederme generosos ingresos. Cada portugués que llevábamos a Francia paga sobre treinta mil pesetas, y había meses que pasábamos más de cien. (La organización sacaba unos tres millones de pesetas al mes.) Uno de los puestos más importantes era tener un encargado de reclutamiento en Portugal. Además, desde un cuartel general se distribuían las remesas, se fijaban las fechas de salida y llegada, enlacas, comida, alojamiento si era necesario, etcétera. Pero pronto comenzó a surgir la competencia; empezaron a darse 'chivatazos por la cara', y el negocio resultaba bastante más peligroso que antes. A nosotros nos atraparón muchas remesas; los chóferes, unos huyeron, y otros fueron detenidos. Recuerdo una anécdota muy curiosa: en una ocasión, teníamos que cruzar el río Bidasoa, así que atamos una cuerda a una rama de un árbol del otro lado del río, y cuando estaban ya cruzando se rompió la rama y fueron a pique todos los portugueses; nosotros huimos por miedo a los guardias".

Imposible realizar una estadística ni de pasados ni de pasantes; pero, sin duda, arrojaría cifras eloquentes, pero tampoco iban a servir de mucho: a las estadísticas, como a los huesos fósiles, no hay quien les hinque el diente. Para usted quizá resulte inconcebible que haya personas capaces de trabajar en esas cosas, pero creo que viene de siempre que los humanos no nos hacemos a la idea del verdadero sentido de las obligaciones morales, y tiramos todo a cara o cruz. El dinero en las manos, y que Dios o el diablo me perdone semejante incongruencia. Lo más probable es que, el hecho de solucionar parcialmente un problema migratorio de esa índole hace pensar en otra serie de problemas internos de Portugal, cuya inverosimilitud no repercute, al menos directamente, sobre nosotros. ■ MANUEL CATOIRA.

La Capilla siXtina

NUESTRA GUERRA

—Es nuestra guerra. ¿Usted lo comprende, don Sixto?

Encarna lloraba como sólo se llora cuando uno se siente liberado de toda contención. La inminencia del final de la guerra norteamericano-vietnamita me la ha puesto así. Blanda. Temblosa. Con el rostro húmedo. No tengo ni fuerzas para alertarla. Para advertirle que esta guerra tiene un pasado mañana, como lo tuvo tras el desastre francés de Bien Dien Phu. No se lo digo, en parte, porque no es el momento, y en parte, porque yo también siento una cierta alegría. Yo he acumulado como mias todas las guerras que, de una u otra manera, han afectado mi ser personal e histórico. La guerra civil es mi guerra. La guerra de Grecia es mi guerra. La de Corea. La castrista. La de Oriente Medio. La de Vietnam. En todos esos frentes se ha fraguado mi destino, se fragua. Pero tiene razón Encarna cuando, sobre todo, liga nuestra mental conciencia combatiente a la guerra de Vietnam. Una guerra que ya había llegado más allá de cualquier posible aprehensión objetiva y se había convertido en una condena angustiosa del proceso de la civilización.

Miles de años de acumulación de pruebas del crecimiento humano habían conducido a la utilización de ese crecimiento contra un pueblo, cuyas principales armas han sido psicológicas e ideológicas. Una auténtica lección. Los bombardeos americanos incluso habían dejado de defender fría, calculadamente, la «causa de Occidente». Ya sólo defendían la cara, la penúltima cara de un poder en entredicho, revanchista. Nixon ha declarado que sólo es responsable de sus decisiones ante Dios y ante la Historia. También es responsable ante mí y ante usted, y ante los millares de víctimas que han caído por culpa de sus estrategias del «dominio» y sus expertos en «disuasión mutua». Los propios miembros del Congreso, los emisarios especiales de la Europa neocapitalista, le recordaron, últimamente, que la «guerra de Vietnam» era «su guerra», no la de Occidente. Hasta esa entelequia cristiano-geográfica se ha querido sacar de encima las pulgas engordadas en la cloaca vietnamita.

Encarna se tranquiliza por momentos. De pronto se va corriendo, y vuelve media hora después con una «botella de vino de marca», me dice la ignorante, que me trae un ríjilla poco menos que peleón. Bebe-mos a la salud de esta triste, por lo tardía victoria de la conciencia humana y por esa impresionante victoria de las hormigas contra el oso hormiguero. Yo le cuento mis sueños de infancia, cuando creía en Gary Cooper y Spencer Tracy, cuando en sus rostros bondadosos e inteligentes creía ver el rostro de la democracia y de un país nacido para imponer la razón y la libertad. Era hermoso que el mapamundi tuviera un país eminentemente positivo, lleno de héroes positivos, a manera de última pared hasta la que se podía retroceder y buscar amparo para el cansancio histórico, un descanso antes de proseguir la lucha. Le conté a Encarna que hasta Marx y Engels tenían un profundo cariño y respeto por el tipo del americano que improvisaba su comportamiento personal e histórico, capaz de jugarse la vida por un principio liberal. Yo sé que el rostro de Spencer Tracy existe. Yo sé que existe ese juez entrañable de la película *Vencedores o vencidos*, capaz de llevar su espíritu crítico hasta el límite de tirar la propia casa por la ventana.

Y en estos momentos siento una alegría inmensa, un cariño solidario infinito por esos muchachos de los campos americanos que han reclamado el «stop» en la guerra de Vietnam en una dura contracorriente, una dura contracorriente que a veces les ha costado sangre, cómoda sangre de hijos del privilegio que renunciaban a él para unirse a un pueblo enfangado y heroico. Nixon y la reacción universal han perdido la guerra de Vietnam en los frentes de batalla, pero también en los frentes internos donde las conciencias reaccionaron repugnadas ante la superproducción en cinerama, «David versus Goliath».

Spencer Tracy ha vencido a John Wayne.

El «Che» tenía razón cuando proclamaba que los «hechos de conciencia» tienen proyección revolucionaria.

SIXTO CAMARA